

De la estructura de oportunidades políticas a la identidad colectiva. Apuntes teóricos sobre el poder, la acción colectiva y los movimientos sociales

Fecha de recepción: 15 de junio de 2009
Fecha de aprobación: 11 de agosto de 2009

Carlos Manuel Rodríguez Arechavaleta*

RESUMEN

El artículo reconstruye críticamente el itinerario analítico de importantes teóricos de los movimientos sociales, enmarcados en las perspectivas teóricas de la Estructura de Oportunidades Políticas (EOP) y los Nuevos Movimientos Sociales (NMS). En la primera de ellas, se ubican teóricos como Eisinger, McAdam, Tilly y Tarrow, quienes no abandonan la premisa de la teoría de Movilización de Recursos (MR), la cual señala a la interacción entre la disponibilidad de recursos, la organización preexistente de estructuras preferenciales y los intentos empresariales de encontrar demandas de preferencias, como fundamento de los movimientos sociales; no obstante, en sus análisis rebasan este marco meramente instrumental-organizacional al introducir variables no solo estructurales e institucionales, sino que además agregan la dimensión cultural-psicológica de estos movimientos.

Sin embargo, será Alberto Melucci quien desarrolle el nivel intermedio mediante el cual los individuos evalúan y reconocen lo que tienen en común y deciden actuar conjuntamente, enfatizando la cuestión de “cómo se forma un actor colectivo”. Reconstruir esta evolución analítica, subrayando sus progresivas aportaciones y diferencias, constituye el objetivo central de este artículo.

PALABRAS CLAVE: movimientos sociales, acción colectiva, movilización de recursos, estructura de oportunidades políticas, identidad colectiva.

* Doctor en Investigación en Ciencias Sociales de FLACSO. Profesor-investigador del Departamento de Comunicación en la Universidad Iberoamericana.

ABSTRACT

This article is a critical reconstruction of the analytical itinerary of important theorists on social movements framed within the theoretical perspective of the Structure of Political Opportunity (known as EOP by its initials in Spanish) and the New Social Movements (known as NMS). Although theorists such as Eisinger, McAdam, Tilly and Tarrow do not leave out the premise of the Resource Mobilization Theory, which emphasizes the interaction between the availability of resources, the preexisting organization of preferential structures, and the corporate attempts to find preferential demands as the foundations of social movements, under the first perspective they exceed this merely instrumental/organizational frame in their analysis by introducing, in addition to structural and institutional variables, the cultural-psychological dimension of these movements. However, it is Alberto Melucci the one who develops an intermediate level, by means of which individuals assess and recognize what they have in common and, as such, they decide to act together, emphasizing the question of "how a collective actor is formed." The reconstruction of this analytical evolution and the emphasis on its progressive contributions are the core objectives of this article.

KEY WORDS: social movements, collective action, resource mobilization, structure of political opportunity, collective identity.

INTRODUCCIÓN

El objetivo del siguiente trabajo es reconstruir críticamente el itinerario analítico de

importantes teóricos de los movimientos sociales, enmarcados en las perspectivas de la EOP y los NMS. Dos razones nos llevan a su selección; en primer lugar, porque su contemporaneidad permitirá contextualizar teórica y analíticamente fenómenos colectivos insertos en las sociedades complejas contemporáneas. En segundo lugar, por considerar que ambas perspectivas teóricas, a pesar de su diferente configuración geográfica, constituyen momentos importantes de desarrollo e integración, en la ya larga reflexión sobre los fundamentos de la acción colectiva.

Precisamente, hemos seleccionado, dentro de la perspectiva EOP, los aportes teóricos de autores como Eisinger, McAdam, Tilly y Tarrow, puesto que nos permitirán ilustrar la singularidad de dicho enfoque respecto a los clásicos, así como las contribuciones de autores contemporáneos de la perspectiva MR, la cual señala que el fundamento de los movimientos sociales es la interacción entre disponibilidad de recursos, la organización preexistente de estructuras preferenciales y los intentos empresariales de encontrar demandas de preferencias.

Sin embargo, a pesar de que la perspectiva teórica de EOP parte del mismo enfoque racional-instrumental de la acción colectiva de Olson, y muchos de sus teóricos provenían de la MR, percibimos que en los autores seleccionados existe una evolución dinámica de los referentes fundamentales de los movimientos sociales. En otras palabras, su perspectiva de análisis rebasa el marco meramente instrumental-organizacional típico de la MR e introduce variables no solo estructurales e institucionales (por ejemplo: Estado, sistema de partido), sino agrega,

—no sin cierta reticencia— la dimensión cultural-psicológica de estos movimientos. La constante que siguen es la reducción de los movimientos sociales a formas de acción colectiva vinculadas al contexto y a las instituciones políticas, descuidando “la dimensión soterrada e invisible de los movimientos sociales, donde la acción colectiva toma forma antes de expresarse como acción política” (Melucci, 1995, en Tavera, 2000: 454).

Seleccionamos a Alberto Melucci como el representante de la teoría de los Nuevos Movimientos Sociales, en primer lugar, por ser un autor europeo cuyo desarrollo teórico fundamenta epistemológica y conceptualmente las nuevas formas de movimientos sociales, y en segundo lugar por el desarrollo conceptual que realiza, centrado fundamentalmente en el nivel intermedio donde se relacionan los procesos en los cuales los individuos evalúan y reconocen lo que tienen en común y deciden actuar conjuntamente (Melucci, 1999: 61); como demostraremos, esta lógica lo conduce a desarrollar la idea de identidad colectiva como una definición negociada en la constitución interna del actor y su ámbito de acción.

Es decir, los movimientos sociales son sistemas de acción que operan en un campo de posibilidades y límites, siendo su fundamento el nexo concreto entre orientaciones y oportunidades/constricciones sistémicas (Melucci, 1999: 46). Como se apreciará, a pesar de conservar la dimensión de oportunidad, característica de la teoría de EOP, retomará la preocupación de Jenkins (1983) acerca de lo que expone la teoría de MR sobre actores colectivos que luchan por el poder en un contexto institucional, con el objetivo de conocer la transformación de

personalidad o el cambio cultural, sin el ánimo de prolongar su análisis. Este limitado tratamiento de los vínculos entre micro y macro procesos será un problema a superar en el futuro.

LA ESTRUCTURA DE OPORTUNIDADES POLÍTICAS: LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y LA INSTITUCIONALIDAD POLÍTICA

La teoría de EOP parte del planteamiento central (apropiado por el modelo de proceso político de los movimientos sociales), de que el tiempo-oportunidad y el destino de los movimientos es ampliamente dependiente de las oportunidades de los grupos insurgentes para cambiar la estructura institucional y la disposición ideológica del poder hacia ellos (McAdam, 1985: 37), y aunque se ha reconocido su importancia para el avance de las teorías sociológicas de los movimientos sociales,¹ es primordial recordar con McAdam que la utilización del concepto en muy diferentes formas puede derivar un uso disminuido en cualquiera de ellas, lo que limita su relevancia analítica² (1985: 15).

El trabajo de P. Eisinger es considerado pionero en el desarrollo de la perspectiva teórica de la EOP. Además es ilustrativo de la marcada dependencia que para estos autores tiene la acción colectiva y los movimientos sociales del ambiente político, variable desarrollada en su clásica investigación sobre las conductas de protestas en las ciudades americanas, refiriendo esencialmente a aspectos de la estructura política formal, el clima de responsabilidad gubernamental, la estructura, la estabilidad social, entre otros.

Estas variables del ambiente político están relacionadas unas con otras, conformando un contexto en el cual las políticas tienen lugar, lo que permite concebirlas como componentes de una estructura de oportunidades políticas que vincula el contexto y los patrones de conducta política (1973: 12).

Por tanto, los elementos del contexto político pueden constreñir la actividad política o habilitar caminos para ella, siendo la forma en que los individuos y grupos actúan en el sistema político no una simple función de los recursos que ellos tienen o de los recursos o barreras de acceso al sistema político, sino que existen vinculaciones o interacciones entre el ambiente (entendido como estructura de oportunidades políticas) y la conducta política. Eisinger enfatiza el vínculo acción colectiva-conducta política, y con ello, reduce la acción colectiva a la acción de grupos e individuos excluidos del sistema político a partir de la definición central de ambiente político. A partir de estos elementos, el autor reconoce que la estructura de oportunidades políticas está relacionada con la incidencia de manifestaciones sociales como la protesta, que se distingue conceptual y empíricamente de la violencia social como:

...una manifestación colectiva, en general, disruptiva, cuyo objetivo es otorgar a la gente relativamente privada de poder, capacidad de negociación e influencia en el proceso político, y cuyas características principales serán: una acción colectiva realizada por los mismos interesados en el asunto en cuestión, no a través de representantes; supone un cálculo de costos-beneficios de la acción; y es una acción que supone implícitamente la amenaza de violencia (en la acción violenta ésta se explícita) (Eisinger; 1973: 13).

La conclusión que aporta su trabajo es demostrar, a partir de estudios empíricos, que el modelo curvilíneo³ es mejor para explicar las características de las protestas, dado que éstas fructifican en sistemas caracterizados por una paradoja: mientras que aparecen como reacción ante aspectos del sistema que permanecen cerrados, sólo tienen lugar de manera persistente en sistemas donde algunas características son más abiertas; por ejemplo, la participación en programas de planificación urbana y provisión de vivienda y la integración a la policía de minorías étnicas. Concluye además, que en general las protestas no están acompañadas de violencia, más bien son formas de hacer escuchar las demandas por parte de las autoridades, por lo que la apertura del sistema político y las respuestas a las demandas conducen a mayor protesta, rechazando la hipótesis que asociaba protestas con características estructurales cerradas (Eisinger, 1973: 26). Como se aprecia, este estudio, que tanta influencia ejerció en el desarrollo de la perspectiva de OP, enfatiza la dimensión colectiva y disruptiva de la acción social, relacionando las variables ambiente político (estructura de oportunidades políticas) y protesta; donde se reconoce que las características que inciden en el aumento de éstas son muchas y complejas, y la estructura de oportunidades políticas (como conjunto de indicadores) sólo explica una pequeña parte (Eisinger, 1973: 25).

Para nuestro estudio, también se ha seleccionado a McAdam, cuya investigación sobre proceso político e insurgencia negra, desde nuestro punto de vista, constituye un avance sustantivo en el análisis de los fundamentos de la acción colectiva y los movimientos

sociales, pues al radicalizar el énfasis en las variables políticas y su categoría proceso político, desarrolla dos ideas centrales: primero, en contraste con diversas formulaciones clásicas, un movimiento social será antes que nada político más que un fenómeno psicológico; y en segundo lugar, el movimiento representa un proceso continuo que va de la generación al declive, más que pequeñas porciones de series en desarrollo (McAdam, 1985: 36).

Cuando este autor reflexiona sobre los factores básicos que inciden en la insurgencia, aporta elementos más elaborados para el posterior desarrollo de la teoría de los movimientos sociales, incluso desde la perspectiva europea de los Nuevos Movimientos Sociales. Al proponer los siguientes factores, considero que rebasa el enfoque meramente organizacional y de oportunidades, e introduce la dimensión cultural, el papel de los incentivos solidarios y el importante concepto de liberación cognitiva. Procedamos a explicarlos.

Estructura de oportunidades políticas: el modelo de proceso político, a diferencia de los modelos clásicos que veían eventos como guerras, procesos de industrialización, realineamientos de la política internacional, prolongación del desempleo y amplios cambios demográficos, como producto de protestas masivas, estará basado en la idea de que el proceso social, así como la industrialización promueven la insurgencia sólo indirectamente a través de una reestructuración de las relaciones de poder existentes. Esta perspectiva aquí avanzada se basa en la noción de que la insurgencia se forma a partir del proceso social que usualmente opera por un largo periodo de tiempo; como con-

secuencia los procesos de insurgencia tienden a ser más acumulativos, con naturaleza menos dramática de lo que son identificados por el modelo clásico. Reconoce que los cambios favorecen la estructura de oportunidades políticas, pues incrementan la posibilidad de éxito de la acción insurgente, distinguiendo dos efectos: a) muchos cambios benefician la protesta social, pero reducen el poder de discrepancia entre el grupo insurgente y sus oponentes; b) el beneficio de la posición del contrato para la población agraviada incrementa significativamente el costo de represión de la acción insurgente.

Nivel de organización de la población agraviada: es importante destacar que a diferencia de la perspectiva de la MR, que considera pasivas y carente de recursos a las comunidades agraviadas, el modelo del Proceso Político considera que son los recursos de estas comunidades los que hacen posible que los grupos insurgentes exploten las "oportunidades". Así, para generar un movimiento social, la población agraviada debe tener la posibilidad de transformar una estructura de oportunidades políticas favorables en una campaña de protesta social (McAdam, 1985: 44). La condición de posibilidad de esa conversión está dada por la amplitud de organización de la comunidad agraviada.

Podemos reconocer la influencia de la variable organizacional, típica de la perspectiva de MR, relacionada con cuatro factores: 1) miembros: ésta constituye una variable importante, pues reconoce el papel de los antecedentes individuales o variables psicológicas donde se integran y organizan personas de una comunidad minoritaria que pueden ser movilizados en actividades de

protesta, lo cual facilitará el contacto y promoverá el reclutamiento de sus miembros; 2) la estructura de incentivos solidarios es una variable primordial, pues consiste en un gran número de beneficios interpersonales que proveen la fuerza que motiva la participación en estos grupos, reconociendo que esta estructura sólida garantiza la organización y participación solidaria de los miembros; 3) las redes de comunicación: la organización establecida de la población agraviada también constituye una red de comunicación o infraestructura, que amplía, agiliza y extiende el movimiento, reconociendo la dinámica comunicativa que subyace en los procesos organizacionales y el papel tan importante que juegan en la movilización de la acción colectiva; 4) líderes: son fundamentales en la integración al movimiento, pues “la estructura de oportunidades y el descontento extendido para transformarse en un movimiento social requieren dirección y coordinación” (McAdam, 1985: 47).

Liberación cognitiva: se refiere a la evaluación colectiva de las posibilidades de éxito de la insurgencia por parte de la misma población, implicando una transformación tanto en la conciencia como en el comportamiento. Los cambios en la conciencia tienen al menos tres aspectos distintos. Primero, el sistema o aquellos aspectos del sistema que la gente experimenta y percibe que pierden legitimidad; segundo, la gente comienza a exigir derechos que impliquen demandas para el cambio; y tercero, el nuevo sentido de eficacia, donde la gente que ordinariamente considera ineficaz al sistema cree que tiene más capacidad para llevar a cabo sus demandas por ellos mismos (Piven y Cloward en McAdam, 1985: 54). Los autores reco-

nocen la importancia de esta variable en las dimensiones subjetivas de la legitimidad política, así como la capacidad de percibir injusticia e ineficacia como incentivo de construcción de fuertes vínculos interpersonales para propiciar el cambio. Por esto, McAdam concluye que “los movimientos emergentes implican una transformación en la conciencia de un segmento significativo de la población agraviada” (1985: 55). Considero que la variable liberación cognitiva es un interesante antecedente para lo que posteriormente otros autores reconocerán como identidad colectiva.

Por último, es importante destacar su percepción de los riesgos sobre el uso del concepto de oportunidades políticas y sus interesantes propuestas de tres fuentes clave de variación en el uso del término. Primeramente, la necesidad de diferenciar oportunidades políticas de otras condiciones de facilitación, pues reconoce –y esto es muy importante– que si bien todas las oportunidades políticas inciden en el surgimiento y desarrollo de los movimientos sociales, no todas las condiciones de facilitación son oportunidades políticas (McAdam, 1985: 58).⁴ Otro elemento esencial es el reconocimiento de cuatro tipos generales en los que la expansión de las “oportunidades culturales” podría incrementar la probabilidad de actividad de los movimientos, pero explicitando también una importante distinción analítica: los tipos de cambios estructurales y modificaciones en el poder son concebibles como oportunidades políticas y no deben ser confundidos con los procesos colectivos por los cuales esos cambios son interpretados y enmarcados. Ambos aspectos están estrechamente relacionados, pero no son lo

mismo (McAdam, 1985: 60). Evidentemente, el autor reconoce la dimensión cultural de los movimientos sociales, formulando cierto proceso de construcción de una identidad por parte del actor, aunque no examina esta variable. Por ello Melucci reconoce que los modelos basados en expectativas presuponen una teoría de la identidad que dé fundamento a sus enunciados (1996: 66).

En segundo lugar, el autor propone, con base en la integración de cuatro enfoques, una lista de cuatro dimensiones del concepto de oportunidades políticas: a) apertura o cierre relativo del sistema político institucionalizado; b) estabilidad o inestabilidad de un amplio conjunto de alineamientos de la élite; c) presencia o ausencia de aliados en la élite, y d) capacidad y propensión del Estado para la represión. En consecuencia, la primera dimensión enfatiza la importancia atribuida a la estructura legal e institucional del sistema político, en tanto que las dimensiones segunda y tercera hablan de la significación dada por los autores a la estructura informal de las relaciones de poder característica del sistema. El énfasis de McAdam por distinguir entre el conjunto permanente de las alianzas y entre la élite que tiende a estructurar el sistema político todo el tiempo de la más efímera presencia o ausencia de aliados en la misma, es lo que lo diferencia de otros autores (Brockett, Kriesi, Rucht, Tarrow). En la única dimensión que hay consenso, y que McAdam incorpora a su lista, es la represión estatal. Por último, reconoce la importancia de la relación entre los ciclos de protesta y las oportunidades políticas, el contexto internacional y la estructura de oportunidades políticas como variable dependiente, es

decir, “las oportunidades abren el camino para la acción política, pero los movimientos, a su vez crean oportunidades” (Gamson y Meyer en McAdam, 1985: 58).

Como podemos observar, en Eisinger y McAdam predomina la perspectiva política al explicar los movimientos sociales; es decir, los actores y el proceso de conformación de demandas reivindicativas y su expresión colectiva estarán centrados fundamentalmente en las dimensiones del ambiente político, esto es, las instituciones formales e informales de las relaciones políticas, así como del proceso político, el cual incluirá, junto con variables organizacionales, ciertos referentes de construcción de sentido colectivo que permiten concretar la organización de los agraviados alrededor de intereses comunes.

En este sentido, el concepto liberación cognitiva y estructura de incentivos solidarios de McAdam constituye un sustantivo avance, sin llegar, como reconoce Melucci, a explicar el por qué de los movimientos colectivos. Las dimensiones planteadas por McAdam al concepto de oportunidades políticas, referidas a factores institucionales de la política (sistema político institucionalizado, Estado, élite, represión) y exteriorizadas en protestas sociales, reduce la riqueza de los procesos contemporáneos de construcción de la acción colectiva, rebasando los marcos de interacción política. Al respecto, coincidimos con Cohen al afirmar que la racionalidad instrumental se transforma en la camisa de fuerza de este enfoque (Tarrés, 1992: 746). Además, como bien reconoce Tarrés, esta perspectiva teórica lleva implícita la referencia a sociedades que poseen sistemas económicos y políticos-institucionales

relativamente abiertos, donde no es la adscripción o la capacidad de reproducción lo que define la identidad de los actores, sino la competencia económica y la ciudadanía política, de ahí sus limitaciones para explicar procesos de movilización colectiva en América Latina, pues los sectores sociales no han logrado una ciudadanía plena que garantice la participación en el conflicto en igualdad de condiciones mediante canales legítimos (Tarrés, 1992: 748).

Dentro de esta misma vertiente teórica, llama la atención la riqueza y profundidad del enfoque histórico de los movimientos sociales desarrollado por Charles Tilly al preguntarse ¿bajo qué condiciones los sectores populares plantean sus reivindicaciones? Está de acuerdo con que las recientes investigaciones acerca de la acción colectiva han abandonado la obsoleta visión del “comportamiento colectivo” como un dominio separado, fundamentalmente apolítico, producido por la disolución de los controles sociales convencionales y caracterizado por actuaciones calificadas como irracionales; de esta manera, reconoce como tesis de análisis que el planteamiento de las reivindicaciones es eminentemente un proceso político basado en la defensa articulada de determinados intereses por parte de una población que cuenta con una relativa organización (1993:71-98).

Los movimientos sociales, vistos como formas distintivas y específicas de acción social en una perspectiva larga de la historia política, son “unos recién llegados” de dudosa coherencia, lo cual hace difícil la generalización (Tilly, 1995: 18-19). Tilly asume que el movimiento social no es un grupo o un cuasi grupo, ni un compuesto parecido

a un grupo, sino una forma compleja de acción⁵ que consiste en interacciones intermitentes entre quienes desafían, los que detentan el poder, los públicos y, frecuentemente, entre muchos otros actores, tales como rivales, enemigos, fuerzas represivas, reporteros y oportunistas (1995: 17), lo que no significa que carezcan de historias coherentes. Por lo tanto, en su forma más general, Tilly define a un movimiento social como “un reto público ininterrumpido, librado contra los que detentan el poder a nombre de una población desfavorecida que vive bajo la jurisdicción de aquellas personas que detentan el poder” (1995:18), personificando así la interacción contenciosa e implicando la formulación de reclamaciones mutuas entre quienes retan y quienes ostentan el poder. Aunado a lo anterior, las reclamaciones involucran comúnmente a terceros a otras personas que detentan el poder: fuerzas represivas, rivales, aliados, ciudadanos en general.

En su forma particular, el movimiento social es “un reto ininterrumpido contra los que detentan el poder estatal establecido, a nombre de una población desfavorecida que vive bajo la jurisdicción de estas personas, mediante exhibiciones públicas repetidas de magnitud, determinación, unidad y mérito de esa población” (Tilly, 1995: 18). Como función de múltiplo, los cuatro elementos anteriores determinan el grado de atención pública que despertará el movimiento y adquirirán sus propias formas de evidencia: la magnitud por el número de participantes en las manifestaciones o de firmantes de los pliegos petitorios; la determinación por la disposición de los partidarios a sacrificarse o a luchar por la causa; la unidad por compartir

símbolos y consignas; y el mérito por el decoro y por las historias de sufrimiento.

Tres poblaciones relevantes interactúan en grados variables en el movimiento y determinan su propia lógica: los que detentan el poder, los activistas y una población desfavorecida. La tarea de los activistas de los movimientos sociales reside en constituirse como interlocutores válidos de la población desfavorecida, en maximizar la evidencia de su magnitud, determinación y unidad, para luego demostrar el mérito conjunto de los activistas y de la población desfavorecida. En la medida en que los detentadores de poder no quieren o no pueden conceder las reclamaciones en cuestión, se esfuerzan para reprimir la acción de los movimientos, para desmovilizar a sus activistas y para desprestigiar la evidencia. Esto explica las frecuentes discordias públicas con respecto a la magnitud de las manifestaciones y a la representatividad de los líderes de los movimientos, así como los intentos repetidos por parte de los activistas para presentarse como un grupo solidario, con una experiencia compartida desde hace mucho tiempo y con una memoria colectiva poderosa. Además, de ahí también el esfuerzo frenético entre bambalinas para forjar coaliciones, inventar nombres de grupos, componer discrepancias, formular demandas y quejas, a más de planear las estrategias y los símbolos.

En consecuencia, para Tilly la ilusión del movimiento social como grupo, surge a partir del mismo esfuerzo que realizan los activistas para presentarlo como numeroso, determinado, unitario y meritorio. Por otro lado, llama la atención que en el análisis de *Cambio Social y Revoluciones en Europa de 1492-1992*, el autor conceda importancia a

la capacidad de la guerra, los distintos tipos de organizaciones que la inician y las diversas poblaciones que corrieron con los costes de la misma en la definición de los rasgos esenciales de los estados, los cuales movidos por la reorganización militar generalmente experimentaron las grandes transformaciones que dieron lugar a las instituciones de la política moderna.⁶ Desde esta perspectiva, el desarrollo de las fuerzas armadas, es decir, la institucionalización de la coerción, será para Tilly un incentivo fundamental en la configuración de los Estados y las instituciones políticas, así de la construcción de los actores y sus referentes constitutivos.⁷

El desarrollo de los ejércitos permanentes generó un proceso de definición de fronteras y de mayores controles sobre la población, los recursos y las actividades (impuestos, expropiaciones, regulaciones, sistemas de policía y vigilancia), extendiéndose el control central a la propiedad, la producción y la actividad política. Igualmente se iba desarrollando de manera sobresaliente un control cultural,⁸ a partir de la construcción de redes de comunicación e invención de símbolos nacionales, la creación de sistemas nacionales de educación, imposición de idiomas y otros medios para dar a conocer la producción cultural propia o heredada (Tilly, 1993: 82). Todo el proceso anteriormente descrito condujo al impulso de los estados nacionales y de obligaciones de éstos con los ciudadanos, y a los ciudadanos con los estados, es decir, se desarrolló abruptamente la ciudadanía política⁹ y los estados consolidados, o bien el nacionalismo.

En este contexto histórico, el autor sitúa su análisis de los conflictos y las revoluciones

europas, centrándose en planteamientos reivindicativos caracterizados por: a) conflictividad, que implican amenazas a los intereses de la otra parte; b) colectivos, cuando los individuos aúnan sus reivindicaciones; y c) cuando están planteadas por o en nombre de sectores de población relativamente desposeídos de poder, reconociendo que los sectores populares plantean reivindicaciones colectivas cuando tienen intereses en común, organización compartida, recursos que movilizar y cierta seguridad frente a la represión, al tiempo que perciben una oportunidad o una amenaza con respecto a sus intereses comunes.

Agregado a lo anterior, para que las reivindicaciones tengan un mayor poder de presión debe existir la capacidad de los sectores para definir una acción colectiva y una organización interna que la refuerce cuando compartan los mismos agravios contra enemigos o rivales bien definidos (Tilly, 1993: 86). La posibilidad de sostener un planteamiento reivindicativo, lejos de ser especialidad de gente desorganizada o de grupos desarraigados, sólo aparece si se cuenta con una organización relativamente densa, con interacción grupal y que haya un vínculo entre los que plantean la reivindicación y el objeto de la misma. Sin embargo, los cambios estructurales que crearon el contexto en el cual ocurrieron, como la urbanización acelerada después de 1800; el asalto del capitalismo mercantil al industrial, con la consiguiente rápida proletarización de la fuerza de trabajo tanto rural como urbana; el vasto crecimiento de la población; migraciones masivas, etc., explican los procesos más importantes de transformación de los Estados y el desarrollo del capitalismo.

Apreciamos cómo el autor reduce la incidencia, el carácter, la base social y las consecuencias de los planteamientos reivindicativos colectivos a las trayectorias y combinaciones diferentes en la transformación del Estado y el capitalismo, quienes actuaron conjuntamente para alterar los repertorios vigentes de planteamientos reivindicativos, la naturaleza de las reclamaciones que se venían realizando, así como los objetivos de las mismas.

A pesar de la riqueza histórica del análisis de Tilly, las causas del movimiento social nacional, centrado en la interacción entre los presuntos portavoces del grupo agraviado y los representantes del poder que cuestionan en acciones paralelas a las campañas electorales, nos recuerda el enfoque de oportunidades políticas de Eisinger y McAdam, centrado en la protesta y la insurgencia negra en las ciudades norteamericanas, donde la acción colectiva queda reducida a una expresión de intereses políticos, y por tanto, con una marcada tendencia a incidir en las instituciones políticas del sistema.¹⁰ Sin embargo, en Tilly hay un reconocimiento de que los movimientos sociales nacionales ganan efectividad en la medida que se conectan a afirmaciones de identidad (como el mantenimiento de distintas lenguas y prácticas religiosas), exigencias encubiertas (como la pretensión de no entender la lengua oficial) y reivindicaciones explícitas y programáticas sobre actores locales y nacionales (como en la reclamación de publicación de textos y la exigencia de utilizar, para asuntos oficiales, la lengua de los agraviados) (1993: 89-90).

Desde estos señalamientos, resulta muy interesante cómo el autor, al delimitar las posturas frente a los movimientos sociales

contemporáneos, reconoce que en muchos de los movimientos de la década del 60 los temas comunitarios se mezclaron con los revolucionarios, al seguir organizando manifestaciones, mítines, huelgas, así como otros medios conocidos de lucha del viejo repertorio del movimiento social, y además, continuaron tratando con los mismos detentadores del poder, por lo que el ritmo y la innovación no ha cambiado fundamentalmente (1993: 90). Así, podemos encontrar en la perspectiva analítica de Tilly (1978) el desarrollo de dos modelos teóricos: el *polity model* y el modelo de movilización. En el primero reconoce cuatro elementos centrales: gobierno, contendiente, *polity* y coalición para describir el comportamiento de varios combatientes en interacción. El segundo describirá el comportamiento de un solo contendiente a partir de cinco características: intereses, organización, movilización, acción colectiva y oportunidad, suponiendo que hay cuatro determinantes fuertes para la movilización: organización, los intereses, la represión y oportunidad. Además, señala que para la acción colectiva los determinantes serían la movilización, la oportunidad y el poder. La perspectiva analítica de Tilly privilegia en sus dos modelos teóricos las variables relacionadas con la estructura institucional de la política. Su premisa de análisis parte de reconocer que los factores políticos y organizativos juegan un papel esencial en la movilización de la acción colectiva, por lo que, al estimar constantes el ritmo y la innovación de los movimientos sociales, no desarrolla el cómo se construye la interacción, y por tanto, el sentido colectivo de la acción.

Por último, dentro de la perspectiva EOP, resulta imprescindible el enfoque de Sydney

Tarrow, quien comparte la tesis de Tilly al argumentar que las expresiones de acción colectiva no pueden atribuirse al nivel de necesidad de la gente ni a la desorganización de sus sociedades, siendo condiciones más constantes que los movimientos que supuestamente generan. Lo que varía con el tiempo y el lugar serán las oportunidades políticas, mientras que los movimientos sociales estarán más íntimamente relacionados con los incentivos que éstas ofrecen para la acción colectiva que con las estructuras sociales o económicas subyacentes (Tarrow, 1997: 148). Partiendo de las premisas esenciales de la teoría de EOP, el autor incorpora elementos importantes en la explicación no sólo del cómo se desarrollan los movimientos sociales –referidos fundamentalmente al papel de la interacción de los actores en la construcción del sentido colectivo de la acción social-, sino del cuándo se desarrollarán éstas acciones. Además, elabora un enfoque muy dinámico de los movimientos, al reconocer que la estructura de oportunidades no sólo se aplica a la formación de movimientos, sino que los movimientos crean oportunidades para sí mismos o para otros (1997: 148).

La categoría central de su análisis es la estructura de oportunidades políticas, la cual define como las dimensiones congruentes –aunque no necesariamente formales o permanentes– del entorno político que ofrecen incentivos para que la gente participe en acciones colectivas al afectar sus expectativas de éxito o fracaso; sus cambios más destacados estarán referidos a cuatro aspectos: la apertura del acceso a la participación, los cambios en los alineamientos de los gobiernos, la disponibilidad de aliados influyentes

y las divisiones entre las élites y en el seno de las mismas (Tarrow, 1997: 156). Tarrow, al igual que los autores anteriores, vincula la acción colectiva a cambios en las instituciones formales e informales de la política, aunque en su perspectiva incorpora la dimensión simbólica de estos movimientos.

El primer aspecto que explica el cambio en la estructura de oportunidades políticas está referido al incremento del acceso a la participación política, y es resumido en la interrogante siguiente: ¿son más proclives a emprender acciones colectivas las personas que disfrutaban de todos los derechos políticos? Al respecto, Tarrow retoma la conclusión de Eisinger asumiendo que la protesta es especialmente probable en sistemas caracterizados por una mezcla de factores abiertos y cerrados. El ejemplo clave es el desarrollo de movimientos sociales en la ex-URSS y Europa del Este en 1989, ya que la Perestroika y la Glasnost de Gorbachov abrió nuevas oportunidades para la acción política de grupos anteriormente excluidos de ésta, y cómo el acceso a la red transnacional de información creada por el Tratado de Helsinki ayudó a los disidentes del Este de Europa a seguir la pista a las acciones de los grupos de vigilancia del tratado en la década de los 80.

Un segundo aspecto que incentiva las oportunidades políticas se encuentra en los alineamientos políticos inestables, presentes en las democracias liberales por la inestabilidad electoral, pues la cambiante fortuna de los partidos del gobierno y la oposición, especialmente cuando se basan en nuevas coaliciones, crean incertidumbre entre los seguidores, animan a los desafectos a intentar ejercer un poder marginal y pueden

inducir a las élites a competir en busca de apoyo fuera del estamento político. El movimiento americano por los derechos civiles es un claro ejemplo. El tercer aspecto refiere a los aliados influyentes, los cuales pueden incentivar a los agraviados a la acción colectiva cuando actúan como amigos en los tribunales, como garantes contra la represión o negociadores aceptables. Esto también se muestra en la experiencia democratizadora de Europa del Este, donde la Iglesia Católica en Polonia y el protestantismo en Alemania del Este contribuyeron a incubar la resistencia y a proteger a los activistas de las represalias estatales.

Por último, las elites divididas pueden no sólo incentivar a los grupos pobres en recursos a aventurarse a la acción colectiva, sino a segmentos de la propia élite que no se encuentran en el poder a asignarse el rol de defensores del pueblo. De esta manera, el anuncio realizado por Gorbachov sobre la no intervención del Ejército Rojo en los países aliados comunistas en el Este, generó divisiones en las élites de estos países que facilitaron la posterior movilización popular.

De acuerdo con el modelo de Tarrow, estas variables nos darán los aspectos dinámicos o inestables del cambio en la estructura de oportunidades políticas; sin embargo, también reconoce cómo la estructura del Estado y las formas de represión y control desarrolladas por éstos constituyen útiles dimensiones para predecir si los movimientos encontrarán oportunidades y dónde, para emprender acciones colectivas. Es importante resaltar que el autor acepta que la relación Estado-movimiento social es una relación multidimensional,¹¹ pues los estados enfrentan de distinta manera a los opositores

fuertes que a los débiles, mostrando un rostro diferente según los sectores, y su fuerza varía en el tiempo y en función de la unidad y fuerza de las élites. Al respecto, la estructura de partidos para el desarrollo de los movimientos adquiere relevancia, pues un partido fuerte y monolítico será menos propenso a absorber las demandas de nuevos actores sociales, mientras que en un sistema de partidos más débil y descentralizado penetran más fácilmente los intereses de los grupos activos (Tarrow, 1997: 166-173); sin embargo, la diferencia comparativa más importante será la represión.

Asumiendo la definición de Tilly (1978) la represión es “cualquier acción por parte de un grupo que eleva el coste de acción colectiva del contendiente y que al reducirlo es una forma de facilitación”, Tarrow demuestra cómo la centralización del poder en estados represivos, si bien aplasta la resistencia en casi todas las circunstancias, ofrece a los disidentes un campo unificado y un objetivo centralizado al que atacar una vez debilitado el sistema (ahí descansa una de las razones fundamentales de la rápida caída del campo socialista), pues donde el poder está más centralizado y las condiciones son homogéneas, una vez que se abren las oportunidades –como ocurrió con las reformas de Gorbachov– resultará más fácil crear y organizar un movimiento social, pues los débiles tendrán un arma crucial al tener mucho en común (Valerie Bunce en Tarrow, 1997: 168).¹²

Tarrow señala que los regímenes representativos también pueden dispersar y eliminar los movimientos de oposición, a pesar de la protección constitucional de los derechos. Por un lado, estos estados pue-

den “procesar” los elementos más desafiantes eliminándolos de la política, y por otro, pueden ser abiertamente represivos contra aquellos que amenacen sus preceptos subyacentes. Otra característica de la relación Estado-movimiento social en este tipo de regímenes es la tendencia de los movimientos a convertirse en partido político, dada la facilidad para organizar la opinión y encontrar canales legítimos de representación, por lo que muchos de ellos se concentrarán en las elecciones. Los elementos anteriores llaman la atención sobre cómo la legitimación e institucionalización de la actividad colectiva es un medio muy eficaz de control social.

Cuando Tarrow afirma que una de las características más notables de la acción colectiva es que expande las oportunidades para los demás, retoma otro concepto de Tilly, al plantear que los grupos disidentes aumentarán sus oportunidades, ampliando el repertorio¹³ de acción colectiva a nuevas formas (1997: 174). Los elementos estables como la fuerza o debilidad del Estado, la estructura del sistema de partidos y las formas de represión o facilitación estructuran las estrategias que escogen los movimientos. Pero los movimientos surgen como resultado de la aparición o expansión de las oportunidades, poniendo de relieve la vulnerabilidad del Estado a la acción colectiva, abriendo así nuevas oportunidades para otros sectores, que afectan tanto al sistema de alianza como al de conflicto y donde el Estado responde de un modo u otro, produciendo nuevas oportunidades.

A partir de los elementos anteriores, las características principales de los movimientos sociales son para Tarrow: el desafío de

la autoridad, la capacidad de crear incertidumbre y la potenciación de la solidaridad. El primer y más básico aspecto de la acción colectiva es su capacidad para enfrentar a sus oponentes o a las élites, pues siempre los actores colectivos no sólo retarán retóricamente a la autoridad, sino que emprenderán acciones que encarnen ese desafío colectivo y amenacen con un coste potencial. La incertidumbre tendrá relación con lo indeterminado de su coste, y como bien reconocerá Tarrow, las manifestaciones no violentas serán a menudo más poderosas que la violencia en sí, en virtud de que se plantean sin dar a la policía o a las autoridades una excusa para la represión.¹⁴ Pero desde nuestro punto de vista, el rasgo más distintivo de la acción colectiva es la capacidad de generar solidaridad; por tanto, los organizadores de ésta siempre intentarán maximizar el desafío y la incertidumbre de las acciones que organizan, explotar la solidaridad de los participantes y sugerir que representan solidaridades aún más amplias.

Estos tres rasgos se combinan para dar lugar a las tres principales formas de acción colectiva: violenta, convencional y disruptiva. La acción colectiva violenta es la más difundida en los estudios por ser la más fácil de propiciar, y la que más fácilmente podrían emprender grupos locales aislados y poco informados (Tarrow, 1997: 185).¹⁵ Sin embargo, es importante reconocer que el Estado moderno ha producido un aumento en la cantidad de acción colectiva concertada, pero ha diluido su grado de violencia, por lo que aun en Estados represivos los movimientos de oposición se han especializado en diseñar formas discretas, simbólicas y pacíficas de acción colectiva que son difíciles de

reprimir. Al respecto concluye que si bien la violencia es fácil de poner en marcha para la gente de escasos recursos, su dificultad estriba en que legitima la represión, polariza a la opinión pública y, en última instancia, depende de un pequeño núcleo de militantes para los que se ha convertido en la expresión política fundamental. He ahí la explicación de por qué todas las formas de acción colectiva que se han desarrollado como plato fuerte del repertorio contemporáneo en los estados democráticos son no violentas, oscilando entre la convención y la disrupción.

La acción colectiva convencional presupone la existencia de organizadores que se coordinan a través de un proceso que, según Tarrow, se asemeja más a los “contratos por convención” que a un control organizativo real (1997: 188), requiriendo un acuerdo tácito en las expectativas de los participantes. Aunque estas formas de acción comenzaron como ruptura de rutinas ya establecidas, hoy constituyen parte de un repertorio conocido y comprendido por todos en la cultura política de los estados modernos. Sus principales formas de expresión son las huelgas y las manifestaciones.

A diferencia de las anteriores, la acción colectiva disruptiva constituye la expresión concreta del grado de determinación de un movimiento, pues se caracteriza por la necesidad de los manifestantes de hacer visible su existencia y reforzar su solidaridad, obstruyendo las actividades rutinarias de los oponentes o las autoridades y representar un peligro para la ley e implicar un enfrentamiento con el Estado al ampliar el círculo del conflicto. El poder de la acción colectiva disruptiva radica en su capacidad para desafiar a las autoridades, fomentar la solidaridad y

crear incertidumbre, por lo que “la historia de la acción colectiva es la historia de cómo se incorporaron al repertorio convencional formas nuevas y disruptivas de acción colectiva al ser aprendidas, experimentadas, vividas y asimiladas por los oponentes y las elites” (Tarrow, 1997: 194).

Sin embargo, es de llamar la atención el análisis de Tarrow sobre el desarrollo de los fundamentos simbólicos de la acción colectiva. Efectivamente, el autor parte de reconocer que una de las principales tareas de las organizaciones del movimiento es encontrar símbolos que resulten lo suficientemente conocidos como para movilizar a la gente que lo rodea, pues mantener la integridad del movimiento frente a las exigencias de la cultura heredada es la otra cara del problema (1997: 209). Esta premisa lo conduce a pensar en la necesidad de conceptualizar el papel del entorno simbólico-cultural en la activación de la acción colectiva y desarrollar la lógica de la construcción de su significado, reconociendo la importancia de la interacción social y política para lograrlo. Al respecto, Tarrow retoma la cita de David Ketzer: “Una visión de la cultura que no tome en cuenta la interacción de nuestro sistema simbólico y el mundo físico en el que transcurre la actividad humana lleva inevitablemente a una antropología mística” (Tarrow, 1997: 210).

Precisamente, este reconocimiento de la descorporización que encuentra en la literatura politológica sobre el papel de la cultura política en la vida de los pueblos, le permite desarrollar su perspectiva conceptual sobre la naturaleza interactiva de los movimientos sociales y sus sociedades. En este sentido, los conceptos desarrollados son

marco interactivo, formación del consenso y movilización y oportunidades políticas. Para definir al marco interactivo de la acción colectiva, Tarrow se apoya en el concepto desarrollado por Snow y Robert Benford: “Esquema interpretativo que simplifica y condensa el “mundo de ahí fuera” puntuando y codificando selectivamente objetos, situaciones, acontecimientos, experiencias y secuencias de acciones dentro del entorno presente o pasado de cada uno” (Tarrow, 1997: 214).

Los marcos para la acción colectiva actuarán entonces como dispositivos de acentuación que “subrayan y adornan la gravedad y la injusticia de una situación social o redefinen como injusto o inmoral lo que previamente era considerado desafortunado, aunque tal vez tolerable” (Snow y Benford en Tarrow, 1997: 215). Por ello, una tarea fundamental de los movimientos sociales es la de señalar agravios, vincularlos a otras ofensas y construir marcos de significado más amplios que puedan encontrar eco en la predisposición cultural de una población y transmitir un mensaje uniforme a quienes ostentan el poder y a otros estamentos. En otras palabras, la actividad clave de los movimientos sociales consiste en inscribir agravios en marcos globales que identifican una injusticia, atribuir la responsabilidad de la misma a otros y proponer soluciones (Tarrow, 1997: 215). Esto es lo que el autor denomina “enmarcado”, del cual surge una pregunta: ¿cómo se construye y cómo moviliza socialmente?

Para Tarrow, el proceso de enmarcado no siempre será fácil, claro o indiscutido, pues los alimentadores del movimiento no se limitan a adaptar marcos de significado a

partir de símbolos culturales tradicionales, sino que le darán forma a éstos en la intersección existente entre la cultura de una población objetivo y sus propios valores y fines. Por ello, el proceso de enmarcado está codificado culturalmente, lo que no es en absoluto una reproducción automática de textos culturales (1997: 217).

Lo anterior le permite concluir que cuando la organización de un movimiento escoge símbolos para enmarcar su mensaje, establece un curso estratégico entre su entorno cultural, sus oponentes políticos y los militantes y ciudadanos cuyo apoyo necesita, por lo que sólo inscribiendo nuestro análisis del discurso del movimiento en una estructura de relaciones de poder podremos comprender por qué los movimientos emplean determinadas prácticas simbólicas y no otras, y si tienen alguna posibilidad de éxito. Esta conclusión, aunque no implica una ruptura con la perspectiva de oportunidades políticas, si lo sitúa muy cerca de reflexiones más culturalistas sobre los movimientos sociales.

La fase posterior es la movilización del consenso, la cual consiste en intentos deliberados de difundir los puntos de vista de un determinado actor social entre los estratos de una población. En este proceso los medios de comunicación juegan un papel esencial en las sociedades de nuestros días al atraer la atención de la nación hacia agravios ignorados, contrastar visualmente los objetos pacíficos del movimiento con la brutalidad de los oponentes y ayudar a difundir dentro del movimiento sus propias actividades, reforzando el sentimiento de status de sus miembros, lo que los convertirá en un recurso externo imprescindible para los movimientos sociales.

MELUCCI Y LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES: COMPLEJIDAD SOCIAL, IDENTIDAD Y ACCIÓN COLECTIVA

En las últimas décadas el surgimiento de nuevas formas de acción colectiva en las sociedades industriales avanzadas estimuló una creativa reconceptualización del significado de los Nuevos Movimientos Sociales, quienes han adquirido importancia por el proceso de deslegitimación que atravesaron los partidos políticos de Europa al final de los años 80. Tanto en este continente como en América surgieron movimientos que han desbordado la capacidad explicativa de las teorías clásicas. Movimientos pacifistas, estudiantiles, de protesta contra la energía nuclear, en defensa de las minorías nacionalistas, de los derechos de las mujeres, gay, de los animales, movimientos religiosos, por una medicina alternativa, movimiento de la Nueva Era y ecologistas son sólo una muestra de los fenómenos que han suscitado creciente interés entre los investigadores.

En consecuencia, surge una perspectiva teórica en Europa elaborada en sus diferentes variantes por autores como Alessandro Pizzorno, Alain Touraine, Alberto Melucci, J. Habermas y C. Offe que tratan de definir las transformaciones sociales experimentadas en los países capitalistas avanzados, tales como la disminución del conflicto bipolar de clases, el crecimiento del sector terciario y la expansión de actividades culturales, de consumo y de recreación. Estos movimientos y la cautelosa participación de obreros y comunistas en el movimiento estudiantil de mayo de 1968 en Francia, cuestionaron la actualidad del modelo marxista dominante en la época y señalaron la necesidad de

elaborar una nueva teoría sobre la acción colectiva (Tavera: 2000).

Laraña (1994) reconoce que es importante distinguir las nuevas formas de acción colectiva de las anteriores: no hay una relación clara con los roles estructurales de sus seguidores, existiendo una marcada tendencia a que la base social de los nuevos movimientos trascienda la estructura de clase. El origen social de sus participantes tiene sus raíces frecuentemente en estatus sociales bastantes difusos, como la edad, el género, la orientación sexual, o la pertenencia al sector de profesionales cualificados que no responden a explicaciones estructurales.

Sus características ideológicas contrastan notablemente con las del movimiento obrero y con la concepción marxista como elemento unificador y totalizador de la acción colectiva. Los movimientos sociales se identificaban a partir de las ideologías tradicionales más difundidas: conservador o liberal, de izquierda o derecha, capitalista o socialista. Los NMS son más difíciles de clasificar siguiendo estas categorías, pues se caracterizan por el pluralismo de ideas y valores, suelen tener una orientación pragmática y perseguir reformas institucionales que amplíen los sistemas de participación en decisiones de interés colectivo. En este sentido, los NMS tienen un importante significado político en las sociedades occidentales: implican una “dinámica de democratización” de la vida cotidiana y la expansión de las dimensiones civiles de la sociedad frente al crecimiento de aquellas vinculadas al Estado.

Con frecuencia, estos movimientos implican el desarrollo de nuevos aspectos de la identidad de sus miembros que antes tenían escasa importancia. Sus reivindicaciones y

los factores de movilización tienden a centrarse en cuestiones de carácter cultural y simbólico relacionados con problemas de identidad, en lugar de las reivindicaciones económicas que caracterizaron al movimiento obrero. Se difumina la relación entre el individuo y el grupo, pues muchos movimientos contemporáneos se manifiestan y expresan a través de acciones individuales en lugar de hacerlo por medio de grupos movilizados o en un contexto grupal (por ejemplo, el movimiento Hippie), carece de una clara base estructural o de clase, convirtiéndose en fuente de las particulares definiciones que cada uno de sus miembros hace de sí mismo y su acción consiste en una compleja combinación de autoafirmaciones de identidades individuales y colectivas.

A menudo los NMS implican aspectos íntimos de la vida humana: los movimientos gay, por una medicina alternativa, por una vida sana, etc. Hacen uso de tácticas de movilización radicales, de resistencia y perturbación en el funcionamiento de las instituciones, que también se diferencian de las tradicionalmente practicadas por el movimiento obrero. Suelen emplear nuevas pautas de movilización caracterizadas por la no violencia y la desobediencia civil, que con frecuencia representa un desafío a las normas de comportamiento vigentes a través de una representación de carácter dramático (ocupaciones de edificios, las sentadas, los *teach-ins*, encadenamientos en la vía pública), fundadas en la influencia de Gandhi, Thoreau y Kropotkin y que fueron empleadas con éxito en el pasado.

El surgimiento y proliferación de NMS está relacionado con la crisis de credibilidad de los cauces convencionales para la

participación en la vida pública de las democracias occidentales. En contraste con la estructura de cuadros y las burocracias centralizadas de los partidos de masas tradicionales, la organización de los NMS suele ser difusa y descentralizada. Las formas de liderazgo, características de estos movimientos, tienden a ser flexibles, cambiantes y poco profesionalizadas.

A pesar de la definición de estos rasgos y dada la novedad del objeto estudiado, los sociólogos europeos han tenido que clarificar sus fundamentos epistemológicos y desarrollar perspectivas teóricas muy discutidas. Dentro de los autores contemporáneos que han abordado el estudio de los NMS emerge la propuesta teórica y epistemológica de Alberto Melucci, discípulo de Alan Touraine y con quien ha ejercido una gran influencia en los estudios latinoamericanos. Para Melucci los debates contemporáneos en torno al postmodernismo, la sociedad industrial y la globalización del sistema mundial, se fundamentan muy a menudo en supuestos teóricos ocultos que rara vez se hacen explícitos, por ello considera que cuando se refieren a la sociedad actual, los analistas usan términos que requieren de adjetivos o prefijos. Así hablan de “sociedad postindustrial”, “posmoderna”, “capitalista tardía”, “compleja”, “de la información”, etc., y esta necesidad de adjetivos y prefijos la considera un síntoma agudo de la incertidumbre teórica que se vive en la actualidad (Melucci, 1999).¹⁶

Precisamente desde el inicio de su obra, es clara la aceptación de los “obstáculos epistemológicos” que tienen que enfrentar las teorías de los NMS,¹⁷ y en correspondencia, un esfuerzo bastante coherente de fun-

damentar su definición metodológica y teóricamente, integrando perspectivas teóricas clásicas y contemporáneas sobre la acción colectiva y los movimientos sociales. Aunado a esto, y a diferencia de los autores de MR y EOP, enfatiza en el fundamento psicológico y cultural de la identidad colectiva. Por ello hemos seleccionado su obra, para profundizar en la singularidad de esta perspectiva teórica muy contemporánea en el estudio de los NMS.

La teoría de Movilización de Recursos mantiene un interés básico hacia las formas visibles y organizadas de la acción colectiva, subvaluando así la dimensión subterránea y profunda de esta acción que se forma en el ámbito social, antes de expresarse como acción política (Melucci, 1995: 229). Al reconocer esto, el autor define que el verdadero problema para el enfoque sociológico es captar cómo la multiplicidad de elementos y orientaciones de acción forman un sujeto colectivo o una unidad de acción, la cual no será un punto de partida, sino un fenómeno para ser explicado (Melucci: 1999).¹⁸ Al abogar por el desarrollo de un nuevo aparato conceptual con el objetivo de explicar los fenómenos de las sociedades contemporáneas, Melucci retoma la categoría central de la teoría de sistemas desarrollada por Niklas Luhmann de sociedad compleja, definida a partir de tres variables: diferenciación, variabilidad y exceso cultural.

Para Luhmann, complejidad significa “la existencia de un conjunto de posibilidades superior a las que de hecho pueden ser realizadas y exigen algún tipo de selección entre ellas” (Vallespín, 1993: 14), esto equivale a un imperativo de selección entre el cúmulo de opciones que se abren a la acción.

Precisamente, a otras alternativas de elección, formas funcionalmente equivalentes de lidiar con una realidad compleja, posibilidad de que las “cosas puedan ser de otro modo” se le denomina contingencia; de esta manera, complejidad, en el sentido antes mencionado, significa coacción de la selección. Coacción de la selección significa contingencia y ésta significa riesgo (Luhmann, 1991: 57).

Como características de este tipo de sociedad compleja se encuentran:

1. Pluralidad de significados y perspectivas: la diferenciación en subsistemas tiene como consecuencia la existencia de varios niveles de formación de la experiencia y la consiguiente multiplicidad, variedad y discontinuidad de los códigos de comunicación en cada ámbito de actividad social. Ello trae aparejada la polisemia de lenguajes, valores, técnicas y símbolos que se utilizan en las diversas esferas de la vida social (Makowski y Constantino, 1995),¹⁹ siendo las diferentes experiencias inconmensurables (Zolo en Gleizer, 1997). En lugar de una sociedad afirmada sobre principios universales fijos, hay un pluralismo de espacios sociales regulados por criterios flexibles y contingentes, que Melucci llama diferenciación.²⁰
2. Variabilidad de los sistemas: Para Melucci (1999), es la velocidad y frecuencia del cambio, pues un sistema es complejo porque usualmente cambia y se transforma velozmente. De ahí la necesidad de modificar el modelo de acción continuamente en el tiempo, para que pueda adecuarse al sistema que se está transformando.
3. Exceso cultural: las posibilidades de acción rebasan ampliamente la capacidad efectiva de acción de los sujetos.

Pero, ¿qué significa esto desde el punto de vista de la experiencia social de los sujetos-actores de un sistema complejo?, se pregunta Melucci. Los tres procesos anteriores establecen una condición permanente de incertidumbre, porque cada vez que pasamos de un ámbito a otro y no podemos aplicar las reglas que valían para el otro lugar, tenemos que asumir nuevas medidas, nuevos lenguajes; asimismo, cada vez que nos apartamos en el tiempo, no podemos transferir los mismos modelos de acción y tenemos en estas circunstancias que producirlos y adaptarlos. La incertidumbre como condición permanente de los actores en un sistema complejo, los coloca continuamente frente a la necesidad de elegir para reducirla.

En los sistemas complejos las relaciones entre incertidumbres, preferencias y decisiones son relaciones permanentes, casi circulares. Se introduce así la circularidad cognitiva de los actores: las prácticas sociales son reformadas y examinadas constantemente a la luz de nueva información sobre esas mismas prácticas, lo que altera su carácter constituyente e incrementa nuevamente la complejidad.

Por consiguiente, los actores reconocen que no están en posición de definir su medio en términos objetivos, es decir, no pueden neutralizar las distorsiones introducidas por su propia actividad cognitiva, ni definirse a sí mismos sin referencia a la complejidad y turbulencia del contexto. Estos pueden considerar la circularidad en que se encuentran, pero no salirse de su propia perspectiva

histórica y social o liberarse de los sesgos de la comunidad científica, cultura o civilización a la que pertenecen y que influye en la propia percepción de sí mismos (Zolo en Gleizer, 1997: 25). La situación anterior aumenta el carácter reflexivo y artificial de la vida social, la cual se representa más como un producto de relaciones, acciones, decisiones, que como un dato, pues continuamente se nos llama a producir mediante nuestras elecciones y decisiones, las relaciones y el campo de nuestra propia acción social (Melucci, 1999: 55).

Ello está determinado por el hecho de que la información se ha convertido en el recurso central que acentúa el aspecto reflexivo de la vida social, pues la mayoría de nuestras experiencias cotidianas alcanzan grado n3, es decir, ocurren en contextos que son construidos cada vez más por la información, vueltos a lanzar por los medios de comunicación e interiorizados por los individuos en una especie de espiral que da vueltas sobre ella misma y que paulatinamente va transformando la realidad en signos e imágenes.

Por un lado, asistimos a una deslocalización y a una planetarización del espacio, y por el otro, a una “presentificación” del tiempo, fenómenos que cambian profundamente las categorías fundamentales de construcción de la experiencia humana (Melucci, 1996: 88). Otra característica importante reconocida por el autor es la naturaleza misma del recurso de la información, pues se trata de un recurso simbólico y reflexivo por sí mismo, que presupone que las necesidades elementales han sido resueltas, es decir, los actores deben moverse como sujetos autónomos de la acción.²¹

Esto no sólo modifica radicalmente la concepción del sujeto, sino del conflicto social para esta propuesta teórica, pues los conflictos de la sociedad industrial se desarrollan en el ámbito de categorías sociales que son definidas por su colocación en la estructura productiva, es decir, un conflicto de clase, y, en los casos de conflictos de ciudadanía, los actores se definen a partir de su relación con el Estado y con un sistema político, los cuales se miden en un grado de inclusión-exclusión respecto a este sistema de referencia.

Por el contrario, los conflictos en las sociedades complejas presentan características muy diversas.²² En primer lugar, los actores son individuos o grupos que se distinguen por disponer de cierta cantidad de recursos de autonomía. Al estar investidos con información intensa de la sociedad, son quienes más indirectamente están sometidos a los procesos de manipulación de las motivaciones del sentido.

Esos sujetos no se identifican sólo porque pertenecen a una categoría social, sino también por su oposición al sistema en cuanto red informativa; potencialmente, los actores son individuos, lo que vale decir que el conflicto tiene como actores a los individuos. En segundo lugar, aquellos a quienes se oponen son siempre más bien aparatos neutros, impersonales, legitimados comúnmente por la racionalidad científica y técnica, por ello, las categorías sociales en juego son más difíciles de reconocer y los interlocutores no son estables. Al respecto, Melucci reconoce que las formas de acción que vuelven explícitos a los conflictos son formas de acción diferentes a las de la sociedad industrial, porque estos se manifiestan

cada vez que un código dominante es cuestionado y su función es revelar los problemas, anunciarlo a la sociedad en un área dada, de ahí su función simbólica.²³

Desde esta perspectiva, el autor reconoce que a diferencia de los enfoques de la movilización de recursos, que evitan el grado micro y de hecho reducen toda acción colectiva a su dimensión política y organizacional, ...los conflictos sociales contemporáneos no son sólo políticos, pues afectan la producción cultural del sistema. La acción colectiva no se lleva a cabo simplemente para intercambiar bienes en el mercado político o para incrementar la participación en el sistema: también altera la lógica dominante en la producción y apropiación de recursos (1999: 47).

De esta forma, los conflictos tienden a manifestarse en las áreas del sistema más directamente ligadas con la producción de recursos informativos y de comunicación, pero al mismo tiempo están expuestos a intensas presiones de integración. Por lo tanto, los conflictos son representados por actores provisionales que operan como inspiradores, haciendo surgir los dilemas cruciales que atraviesan a la sociedad (Melucci, 1995: 231). Esta situación no puede analizarse solamente dentro de las contradicciones estructurales, pues tiene que considerarse como una interacción de objetivos, recursos y obstáculos y como una orientación intencional que se establece dentro de un sistema de oportunidades y coerciones. Siendo los movimientos sociales sistemas de acción que operan en un campo sistémico de posibilidades y límites, su modo de definir la acción es el nexo concreto entre orientaciones y oportunidades/constricciones sistémicas.

De tal manera que para Melucci, los movimientos sociales son sistemas de acción porque cuentan con estructuras: la unidad y continuidad de la acción no serían posibles sin la integración e interdependencia de individuos y grupos, a pesar de la desestructuración aparente de estos fenómenos sociales. Este es un punto central en la propuesta del autor, pues al igual que el modelo teórico de la MR, intentará dar respuesta al cómo se forman los movimientos, a diferencia de otras perspectivas que centran su atención en el por qué. Los movimientos, entonces, son sistemas de acción en el sentido de que sus estructuras son construidas por objetivos, creencias, decisiones e intercambios, que operan todos ellos en un campo sistémico. Aquí radica una de las principales diferencias de Melucci con la perspectiva EOP, pues recordemos cómo los autores anteriores articulan los incentivos de los movimientos en función de las respuestas de sectores agraviados al sistema político, comenzando a jugar un papel importante la definición de identidad colectiva compartida del campo de oportunidades y constricciones ofrecidas a la acción colectiva (Melucci, 1999: 56).²⁴

Así, los individuos operando conjuntamente construyen su acción mediante inversiones “organizadas”, es decir, definen en términos cognoscitivos, afectivos y relacionales el campo de posibilidades y límites que perciben, y al mismo tiempo, activan sus relaciones para darle sentido al “estar juntos” y a los fines que persiguen.

Los actores colectivos “producen” acción colectiva porque son capaces de definirse a sí mismos y al campo de su acción (relaciones con otros actores, disponibilidad de

recursos, oportunidades y limitaciones). Los individuos crean un “nosotros”, compartiendo y laboriosamente ajustando por lo menos tres clases de orientaciones: aquellas relacionadas con los fines de la acción (el sentido que tiene para el actor); las vinculadas con los medios (las posibilidades y límites de la acción) y, finalmente aquellas referidas a las relaciones con el ambiente (el campo en el que tiene lugar la acción). El sistema de acción multipolar se organiza a lo largo de tres ejes (fines, medios y ambiente), que pueden ser vistos como un conjunto de vectores interdependientes en estado de mutua tensión,²⁵ donde los actores colectivos negocian y renegocian a lo largo del tiempo estos diferentes aspectos de su acción. Las funciones de liderazgo y las formas organizativas intentan dar un orden más duradero y predecible a esas definiciones. Cuando se observan fenómenos colectivos, generalmente la atención se enfoca sobre los aspectos más visibles de la acción (acontecimientos, movilizaciones, actos de violencia); sin embargo, son manifestaciones de un proceso que opera en el nivel analítico micro, y que normalmente es ignorado.

Para Melucci, los eventos, las movilizaciones, las expresiones de descontento o entusiasmo pueden ocurrir, y seguir ocurriendo, debido a que el actor colectivo logra realizar una cierta integración entre estas orientaciones y los factores de tipo coyuntural que facilitan oportunidades políticas, la presencia de agentes animadores, el grado de integración, la crisis del ambiente, etc.; pues ciertamente contribuyen a la emergencia de fenómenos colectivos. No obstante, estos factores –y ahí la novedad de su aporte– no podrían operar sin la

capacidad del individuo para percibirlos e integrarlos en un sistema de interacción y negociación de las orientaciones, respecto a fines, medios y ambiente de su acción. Por tanto, este autor ha rebasado en la definición de acción colectiva el estrecho marco analítico de las perspectivas anteriores, incorporando de forma importante la dimensión subjetiva y el proceso de construcción del significado social de la acción con su medio, donde no sólo los recursos políticos determinarían las formas de expresión colectiva.

Este proceso de construcción y negociación del significado de la acción colectiva, llamado identidad colectiva, no da cuenta de su aspecto dinámico, pero señala la necesidad de un grado de identificación, que es precondition para cualquier cálculo de ganancia-pérdida y para la percepción de la injusticia como tal; y lo que es más, no se podrían calcular los intercambios en la arena política. He ahí, desde nuestro punto de vista, uno de los mayores aportes de la perspectiva teórica de Melucci. El movimiento social es la forma de acción colectiva que abarca las siguientes dimensiones: a) solidaridad, b) conflicto, c) ruptura de los límites del sistema en que ocurre la acción.²⁶

Pero ¿cuál es su concepción del vínculo movimiento social-relaciones políticas en las sociedades complejas? Partiendo de la premisa de que el impacto de las formas contemporáneas de acción colectiva no puede ser medido, reconoce que desde el momento en que los movimientos alteran los códigos culturales dominantes, su mera existencia supone una inversión de los sistemas simbólicos incorporados a las relaciones de poder. No obstante, –y es importante– los movimientos no sólo serán portadores de un

mensaje cultural, también serán organizaciones que enfrentarán a los sistemas políticos al elegir la movilización popular, de ahí su tercera dimensión (romper los límites del sistema).

Según su punto de vista, los movimientos sociales contemporáneos, a pesar de no reducirse a la esfera política, son agentes de modernización de ésta, al estimular la innovación e impulsar medidas de reforma política, proporcionar nuevas élites, garantizar la renovación de personal en las instituciones políticas, crear nuevas pautas de comportamiento y nuevos modelos de organización. Sin embargo, aún cuando su impacto puede ser medido, no se debe olvidar que sólo es una dimensión, y no siempre la más importante de la acción colectiva contemporánea (Melucci, 1999: 104). Así, la acción colectiva también actúa como un multiplicador simbólico, puesto que no está guiada por criterios de eficacia, cambia la lógica operacional de los aparatos tecnocrático-militares y cuestiona las bases de su poder, obliga a los aparatos a justificarse, los empuja a hacer pública su lógica y la debilidad de sus “razones” (Melucci, 1999: 105), de ahí su famosa misión profética. En consecuencia, su gran logro está relacionado con la capacidad de hacer visible el poder a pesar de su creciente tendencia a la neutralidad y el anonimato.

En lo referente a las formas de acción relacionadas con la vida cotidiana y la identidad individual, los movimientos contemporáneos toman distancia del modelo tradicional de la organización política y adoptan una creciente autonomía de los sistemas políticos. Estos van a ocupar un espacio intermedio de la vida social, en la cual se entrela-

zan necesidades individuales y estímulos de innovación política. Las características de los movimientos hacen que la eficiencia de los conflictos sociales pueda ser garantizada sólo a través de la mediación de los actores políticos, sin que se pueda reducir a ésta. Como se puede apreciar, para Melucci la iniciativa de innovación de los movimientos no se agota en una transformación del sistema político como obra de los actores institucionalizados; sin embargo, la posibilidad de que las demandas colectivas se amplíen y encuentren espacio, depende del modo en el cual los actores políticos logren traducir en garantías de democracia las demandas provenientes de la acción colectiva (1995: 231).

Derivado de lo anterior, emergen las siguientes preguntas: ¿qué tipo de representación podría dotar de eficacia política a los movimientos, sin que significara una merma de su autonomía?, ¿de qué modo los movimientos pueden transformar sus mensajes en cambios políticos efectivos? Su respuesta no es fácil, pero Melucci sugiere dos conclusiones importantes al respecto:

1. Las formas organizativas de las instituciones políticas tradicionales son en sí mismas inadecuadas para representar las nuevas demandas colectivas, a pesar de que aún cumplen importantes funciones en los sistemas políticos occidentales. Su capacidad de representar intereses relativamente estables, ni siquiera puede escuchar la voz de los movimientos y, cuando lo hace, es incapaz de adaptarse a la pluralidad de actores y temas que la acción colectiva incorpora, por ello, los movimientos sociales mantendrán una perspectiva conflictual.

2. Debido a la fragmentación de la acción colectiva, los movimientos sociales no pueden sobrevivir en las sociedades complejas sin alguna forma de representación política. Por ello, los movimientos sociales tampoco pueden prescindir de canales de representación y de actores institucionales capaces de traducir en decisiones el mensaje de la acción colectiva, preservándose además, de la atomización o la violencia marginal. Sin embargo, a pesar de la apertura del sistema político y su capacidad de respuesta, los movimientos no se agotan en la representación, así, la acción colectiva sobrevive por encima de la mediación institucional; reaparece en nuevas áreas del sistema social y alimenta nuevos conflictos. Otra de las funciones importantes de los movimientos contemporáneos es su capacidad para proyectar un nuevo espacio político, público e intermedio, cuya función no es ni institucionalizar los movimientos ni transformarlos en partidos, sino hacer que la sociedad escuche sus mensajes y los convierta en decisiones políticas, mientras que los movimientos mantienen su autonomía.

Como apreciamos, el autor considera que la acción colectiva está generada por un proceso de construcción de significado simbólico a partir de procesos interactivos, de ahí la noción de solidaridad, pues constituye un elemento implícito en la identidad colectiva, al referir la capacidad de los actores de reconocerse a sí mismos y de ser reconocidos como miembros del mismo sistema de relaciones sociales. Sin este elemento, –y esta es una de las limitaciones de los enfoques an-

teriores–, sería imposible la construcción del sentido de lo colectivo en la acción social.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El objetivo que nos hemos planteado en este trabajo ha sido la reconstrucción de dos perspectivas teóricas que explican la acción colectiva y los movimientos sociales contemporáneos: la Estructura de Oportunidades Políticas y los Nuevos Movimientos Sociales, para lo cual analizamos los aportes de Eisinger, McAdam, Tilly y Tarrow, dentro de la primera perspectiva, y Alberto Melucci, en la segunda.

Nos interesa llamar la atención sobre cómo dentro de los análisis de la teoría de EOP existen elementos de continuidad y ruptura. Por ejemplo, si comparamos la perspectiva de Eisinger y Tarrow, observaremos que el enfoque del último, aunque reconoce la centralidad de los referentes institucionales y organizativos de la política en la configuración de la acción colectiva, adiciona elementos importantes para la comprensión de la dimensión simbólica de ésta.

Sin embargo, la obra teórica de Melucci refleja radicalmente un enfoque más sistemático, integral y dinámico de la construcción de la acción colectiva; recuperando críticamente presupuestos teóricos anteriores, parte de la premisa que ni los modelos macroestructurales ni los basados en las motivaciones individuales tienen capacidad para explicar las formas concretas de acción colectiva o la implicación de los individuos y de los grupos en tales acciones. Por lo tanto, faltaba el análisis del nivel intermedio relacionado con los procesos mediante los cuales los individuos evalúan, reconocen

lo que tienen en común y deciden actuar conjuntamente. Además, la necesidad de mejorar nuestra capacidad de trascender la unidad empírica por medio de instrumentos analíticos tan elaborados como nos sea posible, llama la atención sobre la cuestión de “cómo se forma un actor colectivo”.

Aunado a lo anterior, demuestra la dimensión metainstitucional de los movimientos sociales contemporáneos, al no reducirlos a simples reacciones y respuestas a los estímulos del sistema político, sino valorando su capacidad de explicitar los conflictos culturales en las sociedades complejas. Desde nuestro punto de vista, ahí reside la aportación fundamental de la propuesta teórica de Melucci sobre los Nuevos Movimientos Sociales. Precisamente es la definición de identidad colectiva medular en su empeño, al reconocer que las expectativas se construyen y comparan con una realidad (con la realización, pero también con la estructura de oportunidad), sólo sobre la base de una definición negociada de la constitución interna del actor y del ámbito de su acción, por tanto; que un autor elabore expectativas y evalúe las posibilidades y límites de su acción implica una capacidad para definirse a sí mismo y a su ambiente.

En concordancia, la identidad colectiva es un proceso mediante el cual los actores producen las estructuras cognitivas comunes que les permiten valorar el ambiente y calcular los costos-beneficios de la acción, pero nunca se debe reducir a éste cálculo, en virtud de que no pueden ser vistos sólo desde la racionalidad instrumental. Definida así, presupone la exploración de una dimensión analítica clave en el caso del análisis sociológico de los fenómenos colectivos.

NOTAS

- ¹ Por ejemplo, Tavera reconoce que “al introducir al estudio de los movimientos sociales el contexto político en el que surgen y se desenvuelven, la teoría de las OP contribuyó sustancialmente al avance de las teorías sociológicas sobre movimientos sociales” (2000: 454).
- ² “Usado (el concepto de EOP) para explicar mucho, puede terminar explicando nada” (Gamson y Meyer, en McAdam, 1996).
- ³ Eisinger define modelo curvilíneo en la siguiente hipótesis: “la protesta es como mucho un síntoma de frustración o impaciencia, y tiene lugar cuando un sistema político comienza a abrirse, pues probablemente no ocurrirá en un sistema cerrado o muy abierto. Ocurrirá en un sistema mixto donde la marcha del cambio no tiene el mismo ritmo que las expectativas. Un sistema que se está abriendo es más vulnerable y responsable ante las demandas políticas, pero por otra parte, la persistencia de inequidades se vuelve intolerable para algunos grupos ante las expectativas del cambio” (1973:15).
- ⁴ Al respecto es muy ilustrativa la frase de Gamson y Meyer: “El término oportunidades políticas amenaza en convertirse en un esquivo y omniabarcante factor para todas las condiciones y circunstancias que forman el contexto de la acción colectiva” (McAdam, 1985: 60).
- ⁵ Según el autor, “en su lógica, un movimiento social es paralelo a una danza coreografiada con poco rigor, a un desayuno para recaudar fondos, a una reunión de costura, a un debate de esquina, a un concierto improvisado que cambian, a una “cáscara” de baloncesto, o a un festival en el que se invita a perso-

nas de toda la ciudad; todos estos fenómenos tienen estructuras e historias bien definidas, pero ninguno de ellos es un grupo, o tan siquiera la acción de un solo grupo” (Tilly, 1995: 16).

⁶ La formación de amplias fuerzas armadas tuvo una serie de consecuencias no intencionadas pero fundamentales, entre las que se citan: la capacidad de ocupar a los gobernantes en extensos conflictos y negociaciones con sus poblaciones; ampliar las definiciones de ciudadanía; avanzar en ideas y prácticas de soberanía popular; generar ineludibles reclamaciones de los individuos sobre los estados en forma de derechos como la petición y asociación; reforzar diversas clases de instituciones representativas; aumentar las burocracias centrales del Estado; convertir el mandato indirecto de los estados en mandato directo; extender los controles del Estado sobre los stocks y flujos de trabajo, capital, mercancía y dinero a lo largo de fronteras establecidas; ampliar las obligaciones del Estado con los veteranos de guerra y sus familias, convirtiéndolos en actores colectivos, y promover experiencias compartidas a través del servicio militar mismo (Tilly, 1993: 80).

⁷ Por ejemplo, en el caso de Gran Bretaña en los años de guerra de 1792 a 1815, no sólo se observó un masivo incremento en las fuerzas armadas y los impuestos, un crecimiento sustancial y la centralización del Estado nacional y un importante aumento de los poderes del Parlamento, sino también una importante modificación de la acción colectiva popular hacia bases asociativas, objetivos nacionales y reclamaciones ante el Parlamento (Tilly, 1993: 82).

⁸ Tilly entiende por control cultural “la singularización o la creación de una única tradición lingüística, histórica y artística, que se

convirtió en prioritaria frente a otras tradiciones previamente existentes dentro del territorio nacional” (Tilly, 1993: 82).

⁹ “La ciudadanía empezó a cobrar el sentido que los europeos de hoy le asignan: un grupo de derechos y obligaciones con respecto al Estado que se aplica con mayor o menor equidad a amplios grupos de gente que nace dentro de su territorio o se naturaliza en él” (Tilly, 1993: 83).

¹⁰ Al respecto, Tilly reconoce explícitamente que los movimientos sociales se plasmaron como formas establecidas de acción en un entorno paraelectoral y paraparlamentario, y todavía hoy ostentan las marcas de este entorno (1995: 25).

¹¹ Al respecto sintetiza: “Pero, del mismo modo que el Estado es un blanco multidimensional, los movimientos sociales son actores multidimensionales” (Tarrow, 1997: 166).

¹² Este efecto perverso creado por la política en los sistemas represivos y totalitarios ha sido reflejado magistralmente por Havel en su ensayo “The power of the powerless” (1992) para el caso de Checoslovaquia. La naturaleza del poder político checo le permite explicar las características de la disidencia y su poder metapolítico: al otorgar la represión sistemática del Estado hacia sectores disidentes una coloración política a actos ordinarios; al invadir la política todas las esferas de la vida social y convertir incluso a los disidentes moderados en opositores al régimen, planteándose el problema de su derrocamiento como condición para la reforma.

¹³ Tilly define a los repertorios de la acción colectiva como el número limitado de vías establecidas por los actores para plantear sus reivindicaciones; vías que incluyen formas de

acción experimentadas a lo largo de luchas sobre reivindicaciones anteriores que varían de grupo a grupo, de región a región, y de periodo a periodo (1993: 86).

- ¹⁴ Al respecto, es muy ilustrativa la cita de Eisinger retomada por Tarrow: “Lo que resulta implícitamente amenazador en una protesta no es sólo la exhibición socialmente no convencional de grandes multitudes, que ofende y asusta a los observadores respetuosos para con las normas, sino las visiones que evoca en los observadores y los oponentes acerca de hasta dónde podría llegar una conducta tan obviamente airada” (1997: 182).
- ¹⁵ El diferente costo transaccional de la acción colectiva pacífica y la violenta es resumido por Tarrow de la siguiente forma: “Mientras los organizadores de una manifestación pacífica necesitan un plan de acción, megáfonos, pancartas, cuerpo de seguridad entrenado, un orador capaz de mantener la atención de la multitud y obtener la cooperación o la tolerancia de la autoridades; quienes fomentan la violencia no necesitan más que ladrillos, bates de béisbol o cadenas, el ruido de ventanas rompiéndose, el crujido de las porras abatiéndose sobre la cabeza de las víctimas y la solidaridad del grupo” (1997: 184).
- ¹⁶ Al respecto concluye en uno de sus textos: “...es preferible admitir claramente que no sabemos de qué sociedad estamos hablando” (Melucci: 1999); en otro más señala que “la reflexión teórica sobre los movimientos sociales es mucho más pobre que la de los partidos políticos” (Melucci: 1986).
- ¹⁷ Según el autor, “el primer problema al que nos enfrentamos cuando consideramos los movimientos sociales contemporáneos es siempre de orden epistemológico y metodológico, que consiste en la necesidad de pasar de una consideración del objeto empírico a un análisis propiamente analítico, en el cual, sustancialmente, no tomamos al objeto empírico como significativo en sí mismo, sino que aplicamos al objeto empírico cualquier tipo de aparato analítico para descomponer la unidad” (Melucci: 1999). El autor critica el uso discursivo de la noción de movimiento social, cuya utilidad práctica podemos aceptar pero reconoce que no tiene un uso científico.
- ¹⁸ En un temprano artículo, Melucci reconstruye los antecedentes teóricos de los movimientos sociales y ofrece coordenadas sobre el debate actual; así, en este texto afirma que “el problema fundamental de una sociología de la acción colectiva hoy será el de ligar las conductas conflictivas a la estructura de la sociedad y en particular a las relaciones de clase sin renunciar, al mismo tiempo, a explicar cómo se forman y cómo se manifiestan en concreto nuevas creencias y nuevas identidades colectivas” (1986: 93).
- ¹⁹ Coexisten puntos de vistas contradictorios en la sociedad. Así, el significado de la experiencia de un evento en un contexto social, por ejemplo, una experiencia religiosa, no puede ser relevante para la experiencia de otro contexto diferente, como lo es una oficina, un club deportivo o un laboratorio.
- ²⁰ “Decir que una sociedad es un sistema social diferenciado, significa afirmar que los ámbitos de las experiencias individuales y sociales se multiplican y que cada uno de estos ámbitos se organiza conforme a lógicas, formas de relaciones, culturas, reglas diferentes unas de otras” (Melucci, 1999).
- ²¹ “Nos referimos a recursos de educación, conocimiento e información. Los cuales son de tipo cognoscitivo, relacional y comunicativo que permiten a actores, tanto individuales

como colectivos, conducirse como sujetos autónomos, capaces de producir, recibir e intercambiar información” (Melucci, 1999).

²² Es importante rescatar la premisa del análisis de Melucci que reconoce que “los conflictos afloran más allá de los límites institucionalizados que regulan la competencia política y que permiten a un sistema producir las decisiones” (1995: 231).

²³ Según Melucci, “tal vez podría hablarse incluso de una misión profética” (1999: 45).

²⁴ “Compartida” quiere decir construida y negociada mediante procesos continuos de “activación” de relaciones sociales, las cuales conectarán a los actores en distintas esferas, no únicamente en las relaciones políticas.

²⁵ Fines, medios y ambiente continuamente generan posibilidades de tensión: los objetivos no se adecuan a los medios o viceversa; el ambiente es pobre o rico en recursos importantes; los medios son más o menos congruentes con el campo de acción, etc. Además, existen tensiones dentro de cada eje: en la definición de los fines; entre los objetivos de corto y largo plazo; en la selección de los medios; entre el uso de los recursos para tener eficacia y su uso para consolidar la solidaridad; en las relaciones con el ambiente, entre equilibrio interno e intercambios externos, etc. (Melucci, 1991: 359).

²⁶ Para Melucci, la acción colectiva, en sentido estricto, está definida por la presencia de solidaridad, es decir, por un sistema de relaciones sociales que liga e identifica a aquellos que participan en él y además por la presencia de un conflicto. Asimismo, es el conjunto de conductas conflictuales al interior de un sistema social, implicando la lucha entre dos actores colectivos. Comprende

también todas las conductas que infringen las normas institucionalizadas en los roles que desbordan las reglas del sistema político y/o atacan la estructura de las relaciones de clase de una cierta sociedad. Se perfila así, al interior de la acción colectiva, una distinción entre acción conflictual, que se manifiesta al interior de los límites del sistema considerado, y movimiento social, que implica un conflicto que tiende a superar estos límites. En consecuencia, la presencia de un conflicto no basta como tal para calificar a un movimiento social y menos aún un movimiento de clase (1986: 99 y ss).

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

Eisinger, Peter K. (1973), “The conditions of Protest Behavior in American Cities” en *APSR*, 67, pp.11-28.

Gleizer, Marcela (1997), *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*, México, FLACSO.

Havel, Vlacav (1992), “The power of the powerless”, en *Open Letters. Selected Writings 1963-1990*, New York, Vintage Books, pp. 125-214.

Jenkins, Craig (1983), “Teoría de la Movilización de Recursos y el estudio de los Movimientos Sociales”, en *Annual Reviews of Sociology*, núm. 9 (traducción mimeo), pp. 55.72.

Laraña, Enrique (2002), *La construcción de los Movimientos Sociales*, Madrid, Alianza Editorial.

——— (1994), “Identities, Grievances, and New Social Movements”, en *New Social Movements*, Philadelphia, Temple University Press, pp. 25-40.

- Luhmann, Niklas (1991), *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, México, Universidad Iberoamericana/Alianza.
- Makowski, Sara y Mario Constantino (1995), “Imágenes de sobredosis: complejidad social e identidad en el fin de milenio”, en *Perfiles Latinoamericanos*, año 4, núm. 7, México, FLACSO, pp. 5-15.
- Mc Adam, Doug (1996), “Political Opportunities: conceptual origins, current problems, future directions”, en Mc Adam *et al.*, *Comparative perspectives on Social Movement*, Cambridge University Press, pp. 25-44.
- (1985), *Political process and the Development of black insurgency, 1930-1970*, Chicago Press.
- Melucci, Alberto (1999), *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México.
- (1996), “Individualización y globalización. Perspectivas teóricas” en *Estudios Sociológicos*, núm. 41, vol. XIV, México, El Colegio de México, mayo-agosto, pp. 55-78.
- (1995) “El conflicto y la regla: movimientos sociales y sistemas políticos”, en *Sociológica*, UAM-A, Mayo-Agosto, pp.10-25.
- (1994), “A strange kind of Newness: what’s “new” in New Social Movement?” en E. Laraña *et al.*, *New Social Movement*, Philadelphia, pp. 55-72.
- (1991), “La Acción Colectiva como construcción social”, en *Estudios Sociológicos*, núm. 26, vol. IX, Colegio de México, mayo-agosto, pp. 27-42.
- (1986), “Las teorías de los Movimientos Sociales” en *Estudios Políticos*, núm. 4-1, vol. 4-5, oct. 1985-marzo 1986, pp. 10-25.
- Tavera, Ligia (2000), “Movimiento social”, en Laura Baca Olamendi, *et al.*, *Léxico de la Política*, México, FLACSO, CONACYT, FCE; México, pp. 115-132.
- Tarrés, María Luisa (1992), “Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva” en *Estudios Sociológicos*, núm. 30, vol. X, México, El Colegio de México, sept-dic, pp. 32-55.
- Tarrow, Sidney (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Universidad.
- Tilly, Charles (1995), “Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuaciones políticas” en *Sociológica*, año 10, núm. 28, UAM-A, Mayo-Agosto, pp. 11-35.
- (1978), *From Mobilization to Revolution*, NY, McGraw Hill.
- (1993), “Cambio social y revolución en Europa: 1942-1992”, en *Historia Social*, núm. 15, invierno, Universidad de Valencia, pp. 63-91.
- Vallespín, Fernando (1993), *Introducción a Niklas Luhmann: Teoría del Estado de Bienestar*, Madrid, Alianza Editorial.